mal: hay en el corazón de todo amigo un punto enfermo, un punto enamorado, y ese me dolía. Nunca quise preguntarle si esa joya significaba un amor correspondido.

Charlábamos con entusiasmo, temblaban las flores de durazno de su sombrero, nos acercábamos mucho en las discusiones, avanzaba su rostro, chispeaba una eterna pregunta en sus ojos castos, accionaba con ardientes ademanes.... la taza perdía el equilibrio, y en momentos de olvido, para convencerla, familiarmente dejaba mi mano en su hombro sin que ella pareciera percibirlo.

¡Sólo el corazón en los labios! Si yo hubiera tenido un secreto que costara la vida, un dolor inmenso, una herida de las que se ocultan con el pudor de la desgracia, ahí se lo hubiera dicho, entre dos sorbos de té, animado por su sonrisa ingenua, por su mirar sano, por la camaradería casi infantil de sus ojos.

¡Tal vez la envolvía ya en una muda adoración! pero el miedo de perderla me hacía enmudecer. ¿No era traicionarla interpretar su abandono como algo más que una amistad poética.... pero sólo amistad?

La vaga confidencia, el anhelo oculto, el comentario reticente, los proyectos para lo porvenir, las contrariedades, todo se decía ahí como al oído de un hermano mayor que se respeta y que se adora. Llegué á considerarla como lo que fué: la mujer indispensable. Enfermo de dudas y de cansancio, su risa me volvió la primavera del carácter alegre, llegué hasta emborronar rimas breves en su honor. Me consolaba de muchas injusticias de la vida, y las hubiera querido más crueles por sólo el placer de comentarlas en los *dúos* del *vis-à-vis*.

Tener cerca una mujer buena, inteligente y bella, saber que somos el uno para el otro, hermanos por el alma, no sentirse torturados por la pasión, entregarse sinceramente en una frase y ver embellecido el paisaje de la palabra por ese dulce sol de afecto que parece bañar en ternura el alma toda con unos ojos que tutean, con un ademán que sólo tiene para vosotros, con una frase que vuela libre del grillete de la etiqueta.... eso, es realizar el idilio posible de la moderna vida en que el amor es ¡ay! tortura, y el ensueño dolorosa enfermedad.

No era mi novia, es cierto, pero en cambio jamás un hombre hubiera oído las confidencias que á ella le hice, tan tiernas, tan íntimas, tan delicadas, evaporando un perfume de ingenuidad é infancia tales, que hubiera temido esa risa de Mefistófeles con que acostumbramos burlar esos jirones de alma femenina que hay en el fondo de toda virilidad. Como Hércules, hilamos esa seda de colores castos á los pies de Onfalia, jamás lo haríamos en presencia de Aquiles.

Empapado en ella, al despedirnos, mientras me tendía la mano para que le abrochara los guantes, cuántas veces le dije como una súplica y con ardiente tono de plegaria:

—¡Oh, Augusta, serémos siempre así, buenos amigos, leales amigos, perpetuamente amigos!....

Un largo estrechamiento de manos, una mirada hasta el fondo, una sonrisa leal, y nos separábamos, quizá pensando con Goëthe, que donde hay mucho afecto hay mucho bienestar.

Aquella noche—la última—por inexplicable distracción bebimos en la misma taza.... ninguno de los dos notó que el té sabía amargo, ¡se nos olvidó ponerle azúcar!

***

Héme aquí de nuevo en el *vis-à-vis*, pero completamente solo; sueño que Augusta está conmigo, y como Penélope, bordo el tapiz de aquella historia que comenzó con flores azules.... ¡el hilo se ha roto!

¡Eternamente Yago! La murmuración detrás de un abanico, el consejo maternal de una señora de edad mordisqueando un pastel, el malicioso comento al chocar dos copas de Málaga.... he ahí el sumario. Mi amistad con Augusta tuvo su fiscal y la declararon culpable.... falló.... ni quiero saber quién.

La llamaron discretamente aparte.... porque la quieren, porque su bondad la compromete, porque necesita un ser leal que la dirija.

Hablaron dulcemente de mi pobreza é incierto porvenir, lamentaron los deterioros de mi traje y el estado de mi pobre sombrero. ¡Quizá soy simpático, quizá tengo talento, ¿pero eso qué vale? Aunque ella lo niegue, hay algo más que amistad eutre los dos: hay amor; eso se conoce.... y no le convengo, sería ridículo, absurdo, ¡vamos! odioso. Merece algo más que un muchacho que recita versos detrás de un biombo, bajo una sombrilla japonesa, entre begonias; el que tal hace, es peligroso, porque será eternamente pobre.

Aun es tiempo de retroceder, mañana será tarde; como indiscreto contaré que es mi novia, citaré hechos falsos, delatoras coincidencias, fingiré citas y cartas; total, una reputación perdida. ¿Que soy buen muchacho? ¡pero de familia tan obscura! ¡presencia

tan desagradable! ¡sin porvenir! ¡un cualquiera! Yago se entusiasma, pasa del comentario á la calumnia: he contado sabe Dios cuántas cosas á mis amigos... todos conocen su retrato que aseguro ella me ha dado.... en un café; medio ebrio, divulgué cosas delicadas.... al menos eso dicen.... ¿Qué hombre correcto la galanteará cuando lo sepa?

¡Oh, buena amiga mía! Sé que me defiende, que desmiente, que clama contra la injusticia y acaba por reir de la fábula absurda.... pero la hieren, la fustigan, interpretan su interés por una complacencia amorosa que la honra muy poco; no me conocen, no han oído hablar de mí, pero así debo ser.... ¡es indudable!.... ¡Pobre amiga mía! El veneno entra muy hondo, la sospecha engendra dudas. Yago la mira de hito en hito.... ¡á decidirse! ¿verdad que no me quiere, que no puede quererme? ¡y titubea y vacila y cae!

Ella se ha turbado al encontrarse conmigo, quiso esbozar su sonrisa buena, ¡inútil! es otra, recorre el salón queriendo sorprender un comentario. Me tiende la mano con la amabilidad de una mujer correcta, pero con la glacial sonrisa de sociedad! La sigo, dirigiéndole una frase cariñosa, pero.... estamos delante de testigos, frente al formidable *qué dirán*, y me ha contestado con agradecimiento trivial, desolador.

Rien detrás de los abanicos, me siento ridículo, mi caída se divulga, busco quien me compadezca al menos, pero todos, no sé por qué, parecen experimentar íntimo placer de esa injusticia.

Estoy, pues, solo, solo y con la muerte en el alma, y mientras ella toca un *lied* de Mendehlson, con el sollozo y el insulto al borde de los labios, me dejo caer ahí en el rinconcito callado, bajo la sombrilla japonesa, detrás del biombo, entre las begonias. ¡Oh, sí la amo!.... pero no merezco el desenlace.... la han inoculado de desconfianza, peor que el odio.

Mis amigos ni me consuelan ni me buscan, todo lo han visto, pero ¡el eterno acaso! un preludio de lanceros en esa reñida batalla de salón consuma mi derrota. Todos rien, ellas se abanican al parecer felices, quizá hasta la que es causa de mi ruina.... ¿Ella habla de mí? ¿me niega con ese gesto de orgullo? ¿qué sátira les arrancará esa escandalosa carcajada que hace volver el rostro á las personas graves?...

.....

Estamos frente á frente.

—Ofrézcale vd. á Augusta una taza de té, me dice Verónica con espiritual sonrisa.

—¡Cómo no! Y con las manos trémulas, escancio en la frágil taza el líquido humeante; procuro sonreir, ser amable.... ella se turba, palidece, no sabe dónde mirar, conserva puestos sus guantes, se niega á sentarse y da largos tragos para abreviar ese penoso encuentro.... Estamos solos, bajo la sombrilla japonesa, tras el biombo, entre las begonias..... ¡y enmudecemos!

—Augusta, le digo con dolor, ¿qué pasa?

—¡Nada! me responde fingiendo extrañeza. ¿Por qué?

—¿No somos ya lo que antes?

—¿Cómo lo que antes?

—Es decir.... digo.... decía vd.... que perpetuamente amigos.

—¡Ah, sí! Y aquella madona deja la taza en el mármol, me toca la punta de los dedos, ya es muy tarde, esboza una sonrisa de adiós y se aleja.... No la sigo; como un imbécil sirvo diez terrones de azúcar, inconscientemente, y sin embargo, ¡qué amargura en los labios, qué amargura en el alma, qué amargura en esa gota, en esa gota de dolor que, única, lenta, caliente y silenciosa, se desprende de mis pestañas, corre por mi faz estremecida y cae en mi solapa sobre una mustia margarita! ¡Irónico rocío de una flor muerta!

Septiembre de 1894.

ÁNGEL DE CAMPO.

(Micrós.)

CAPILLA ALFONSINA